

Pero si ha pretendido jugar, yo no soy juguete de nadie, y poco será todo mi desprecio para él.....

Y aquella pobre muchacha sufría en silencio, con resignación y dignidad, el mal que le ocasionaba la sola idea de que se estaba afectando no solo su dignidad y su amor propio, sino hasta sus sentimientos.

Pasaron tres ó cuatro noches, y Antonio no volvía.

—¡Que no vuelva nunca!—pensaba ella— y procuraba manifestarse unas veces indiferente, y otras alegre, expansiva, contenta.

Una tarde, como á las cinco, paró un carruaje.

Piedad, al oírlo, sintió que una llama le incendiaba el semblante.

Recogió instantáneamente sus cabellos hácia atrás, y voló á colocarse detrás de la vidriera.

Sentía que el corazón se le saltaba del pecho.

No podía alcanzar respiración.

—Ahora no salgo sino hasta muy tarde, pensaba, preparando así un castigo de aquella ausencia.

Y su mirada caía á plomo sobre la portezuela del coche.

El cochero abrió por fin aquella portezuela, y salió un hombre cubierto con una capa parda y «sombbrero de montar.»

Aquel hombre levantó la cara hácia el balcon.

Piedad dió un grito, y temblorosa, desalada, corrió al interior de la casa, gritando:

—¡Mamita! ¡mamita!..... ¡Ya llegó! ¡ya llegó!.....

Aquel hombre era D. Martin.

Toda la familia se precipitó á la escalera para recibir á aquel hombre, que traía la doble corona de la santa paternidad y del santo patriotismo.

Quedó algunos momentos borrada la imágen de Antonio en el corazón de Piedad, y como oculta por la presencia de D. Martin.

—Estando con *los* que quiero, ya estoy contenta—decía aquella muchacha llena de júbilo.

Y en aquellos momentos desechaba hasta la idea de ser otra cosa que hija.

Eso de Antonio iba á quedar para un poquito despues.

En el pequeño período de tiempo que D. Martin habia empleado como revolucionario, su destino le habia hecho andar una casilla mas en el tablero de la vida.

Habia, efectivamente, obtenido un nombramiento para no sabemos qué gran cosa en una pequeña ciudad.

Era hombre de notoria probidad, é iba á manejar grandes caudales de la hacienda pública.

Se trataba de un empleo, de esos que la nacion dota largamente y cuya adquisicion casi se toca con la de una fortuna que nos atrevemos á llamar *média* fortuna.

Y el hombre llegaba lleno de polvo, de proyectos y de esperanzas.

Pasadas las primeras expansiones del cariño, lo contó niñamente *todo* á su familia.

El placer irradiaba en todos aquellos semblantes.

Llegó un momento en el que D. Martin se limitó á hacer á Piedad ciertas vagas alusiones acerca del estado de su corazón y de sus sentimientos.

Siempre procura un padre hallar medios mas ó menos directos para saber el estado en que se halla el corazón de sus hijas, y mas en ciertos casos, como por ejemplo, despues de una ausencia prolongada.

Despues de algunas vaguedades cambiadas entre padre é hija, Piedad creyó manifestarse con una franqueza abierta, y llamó á solas á D. Martin.

Estando solos, le manifestó cuanto en el particular habia ocurrido, y le mostró las dos cartas de Antonio.

—Ya me habian contado *esto* en Pátzcuaro—dijo—y he creido inútil escribirte.

Ahora vengo, y sabremos quién es *ese*; y si es *algo* formal y te conviene, adelante.

Pero no tengo de él los mejores informes.

Tampoco sé de él nada malo.

Me aseguran, ó que es demasiado loco ó demasiado niño.

Es preciso mucho cuidado antes de entregar definitivamente el corazon.

Hay cosas que se hacen *de una vez*, y una vez hechas, no tienen remedio.

Mejor que yo sabrás tú quién es *ese* y lo que hay que esperar de él.

Habrà tiempo para pensar y ocuparse de todo, y entretanto ya sabrás cómo debes manejarte. Yo no le conozco.....

Piedad extendió ante los ojos de su padre una especie de gran cuadro sinóptico de los defectos y de las cualidades de su amante.

El principal defecto que un padre puede poner á un novio de su hija, es serlo.

La única recomendacion que en tal caso puede llegar á confesarle, es que el novio aparezca ser para la hija lo que el padre fué para la madre.

Es casi imposible que el padre pueda creer que aquel fragmento de su corazon puede hallar la felicidad en otra parte que á su lado.

Aquella pequeña flor, que ha ido creciendo y desarrollándose á su sombra, que poco á poco ha ido desplegando sus encantos, tranquila, bajo el techo paterno, que ha dado solo á sus padres los primeros perfumes de su belleza y de sus virtudes, llega repentinamente á sentirse mustia y aislada en aquel hogar.....

Aquella flor tiene que ser cortada por otro hombre que un dia la vió al pasar, y dijo:

—Es bella. La quiero para mí.

Y viene, y la corta y se la lleva.

Irà á dar y á recibir en la casa de aquel extraño que pasa, que la ve y que se la lleva, lo que no puede dar ni recibir bajo el hogar de sus padres.

La segunda familia, la nueva generacion, una nueva rama del árbol de que ella procede.

Durante los dos ó tres dias siguientes al de la llegada de D. Martin, solo se habló de Antonio de un modo muy indirecto, y por expresarlo así, accidentalmente.

Antonio no habia vuelto á aquella casa.

Piedad no queria creer ni podia persuadirse de que su amante pretendiera olvidarla.

Ella no tenia inconveniente en suponer un motivo justificado que causara su ausencia, y se hallaba dispuesta á perdonar, siempre que él se presentase dispuesto á disculparse.

Ningun inconveniente habia en pensar en *él*, y pensaba.

¿Por qué no?

—¡Pobre!—solia pensar;—acaso le habrán ocurrido esas dificultades que suelen ocurrirles á los hombres solos!

Y pensaba nada mas en que á los hombres solos les suelen ocurrir dificultades, y que ellas pudieran ocurrirle á Antonio; pero no se ocupaba de cuáles pudieran ser aquellas.....

Una ocasion, una de sus amigas le contó haberle visto *muy elegante*.

Eso podia probar algo favorable.

Por lo menos, que Antonio se habia sentido sujeto á su influencia y empezaba á respetar mas á la sociedad y á sí mismo.

Tal vez aquel hombre habia tomado muy á pechos la idea de casarse pronto, y se preparaba.....

¡Imposible! Sin contar terminantemente con la voluntad de su novia y con la aquiescencia de su *papáito*, no podía ser *esto*.

¿Cómo podía aventurarse á proceder sin estar autorizado para ello?

Sería ciertamente una locura, hasta una especie de fatuidad.

¿Cómo no había venido ni venia á *hablar del asunto* con D. Martín?

¡Miedoso!..... ¿Qué le había de hacer su papá?

Decididamente Antonio era todavía muy *colegial*.

Ya se le quitaría.

—¿Pues qué sucede con este señor, que no ha vuelto?— le preguntó una vez D. Martín.

—Desde la segunda carta no ha vuelto á poner aquí los pies— se limitó ella á contestar.

—Si insiste de alguna manera, haz que me vea.

Pero Antonio no se dejaba ver ni por la calle.

Este retraimiento no podía ser originado por otra cosa que por algun temor pueril de aquel enamorado, ó por alguna extravagancia de su carácter.

Ya Piedad iba conociéndole perfectamente.

Llegó un día en el que fué preciso que D. Martín se separase otra vez de la capital.

Iba á la ciudad de *** á tomar posesion de su empleo y á *poner allí casa*.

Todo ello requería algunos días mas de ausencia.

El día de la partida hablaron D. Martín y Piedad *sobre el particular*.

Quedó la jóven plenamente autorizada para obrar, en caso necesario, con absoluta libertad, pero con gran prudencia.

El retraimiento de Antonio seguía.

Un día pasó Máximo á caballo por allí.

Piedad volvió la cara del lado opuesto.

Volvió él á pasar.....

La muchacha, disgustada, se metió del balcon.

¿Qué quería decir aquello?

Por otra parte, Máximo le inspiraba una antipatía invencible.

Presentia ó adivinaba Piedad que aquel muchacho serio, estirado y fatuo, ejercía en su amante una influencia completa.

Sin duda él retraía á Antonio.

—Sepa Dios lo que está pasando—decía, llena de curiosidad y no exenta de inquietud.

¡En fin, esperemos!

Y esperaba, segura de que al fin vendría á pasar algo.

No sabia ni sospechaba qué.

LXXIV.

Por aquel tiempo se daba en el teatro Principal una de las mas bellas obras dramáticas del teatro moderno español:

«La Cruz del matrimonio.»

Esta sublime autopsia del amor conyugal impresionó profundamente á nuestra jóven.

El tipo de la esposa desgraciada, sufrida y virtuosa, le inspiró una idea terrible:

El amante no es el marido.

El que busca una flor, no es el mismo que el que la ha poseído.

Vió claro y con la debida distincion estas dos cosas:

«El amor.»

«El deber.»

El amor y el deber suelen á veces constituirse en los verdugos de la felicidad.

¡Cuántas veces sucumbe la tranquilidad entre un amor y un deber!

Pero en último término está el sacrificio, y el sacrificio es el apoteosis, es la deificación del alma; el corazón mártir, resignado y heroico, es el corazón del corazón, como diría Shakespeare.

El corazón del corazón es la única flor de la vida digna de abrirse para el cielo. Es la que se abre entre zarzas.

No sabremos decir si aquel espectáculo pudo producir en el corazón de la muchacha una impresión mas ó menos favorable ó mas ó menos adversa para las aspiraciones de su amante.

Es, empero, cierto que Piedad admiró el tipo sublime del drama español, y simpatizó con él.

—Si el mundo ó los amigos le vuelven malo, yo le volveré bueno — pensaba acordándose de Antonio.

LXXV.

Este se presentó allí cuando acababa el segundo acto.

Estaba perfectamente preocupado y nada elegante.

¿Por qué iba allí Antonio?

Su destino, revestido con las formas de un amigo, le habia conducido al teatro.

Tal vez un capricho inexplicable, una extravagancia singular, le habian llevado á una luneta con cojin del teatro Principal de México.

Antonio odiaba de corazón todos los espectáculos escénicos del mundo.

Le parecian una raquílica parodia, un debilísimo reflejo de la verdad social y del hecho humano.

(Perdónese al autor que su pobreza de lenguaje le haga emplear una fraseología acaso impropia ó *inexpresiva*.)

Antonio tenia, no sabemos si la desgracia ó la fortuna de hacer la discusión de *la escena*, y en ella lo hallaba todo trunco, inverosímil, impropio.

Esta era una de sus locuras.

Se hubiera quitado respetuosamente el sombrero en presencia de Sóphocles, de Shakespeare, de Víctor Hugo ó de Larra, y les hubiera dicho con los ojos bajos y lleno de vergüenza:

—¡Perdonen vdes., pero no los entiendo! sin atreverse á entrar en mas detalles ni en explicaciones de ningun género.

Le agradaba concurrir al teatro cuando las bailarinas tenían los piés pequeños y las damas jóvenes *sentian* y se expresaban con una voz melodiosa y simpática.

Antonio tomaba de la escena *girones*. Nada mas.

Jamás pudo impresionarle ningun *todo* dramático.....

LXXVI.

Esa noche pasaron muchos minutos antes de que Antonio viese á Piedad.

Preocupado, como hemos dicho, paseó una mirada detrás del *binóculo* por aquella rosada línea de espaldas desnudas, elegantes tocados y *ardientes* ojos, y se fijó en Piedad, que inclinando suavemente la cabeza y levantando tambien suavemente la mano enguantada y el brazo desnudo, dirigia su anteojo *no sé á qué punto*.

Siguiendo la línea recta de la mirada de la jóven, iba á parar á una *butaca* que estaba vacía y con los brazos abiertos como quien se despereza.

En la cabeza de la jóven y medio perdidos entre sus negros cabellos, caían dos botoncillos de rosa blanca. ¡Dos!

Volvió á seguir Antonio la línea recta de aquella mirada....

¡Nada!

Un sillón vacío..... de un lado de aquel sillón una señora ya muy grande y muy mal peinada.

Junto de la señora un señor, también muy grande, calvo, de gafas, y que no apartaba la vista de la escena.....

Del otro lado un payo de gran sombrero, cache-nez rojo, cabellera revuelta y estúpida, y bronceada fisonomía.

Aquel hombre reía de un modo descompasado, precisamente cuando todo el mundo se sentía con las lágrimas en los ojos, hallando muy chistosos los sufrimientos de aquella mujer.

—¡Qué malditos!—exclamaba con voz de estentor.

Piedad no veía ciertamente á ninguno de aquellos concurrentes.

—¡Qué indecente!—decía el señor calvo, refiriéndose á nuestro buen Padilla, que hacía el papel del marido calavera.

—Y ella, ¿para qué es guaje?—decía la señora mayor, aludiendo á Pepita García, que representaba asombrosamente el ideal de la esposa del calavera.

—¿A quién verá Piedad de un modo tan tenaz?—decía Antonio, sintiendo que invadía su corazón un celo infernal.

—¡Oh!..... no me ve..... me desprecia..... me humilla... ¡Santo Dios!..... las mujeres; siempre pérfidas, siempre ingratas..... siempre lo mismo.....

«¡Mi ángel! ¡mi ángel!..... ¡oh, qué ángel!.....»

Y con voz trémula de emoción, murmuraba aquello de la *Andrómaca* de Racine:

..... ¡Por qué inhumano

Redoblas el martirio de tu amigo?

¡Ah! ¿Cuándo de mi pecho los arcanos

Te oculté? &c.

Y estas palabras, dirigidas por Orestes á su amigo Pílates, sirvieron á Antonio perfectamente aquella noche para apostrofar á su *ángel ingrato*.

Repentinamente el hechicero cuerpo de la jóven giró unos cuantos grados sobre su eje, y ambas miradas, pasando por los *oculares* de los respectivos gemelos, fueron á encontrarse en la mitad del camino, como si aquello hubiese sido un duelo á ojos y ambos adversarios hubiesen disparado «al descubrir.»

Antonio se estremeció como si hubiera recibido una descarga de la botella de Leyden, y la cara de la jóven se iluminó con una púrpura tan suave como si le estuviera amaneciendo...

Permanecieron en tal posición algunos instantes.

Después él llevó la mano izquierda á su corazón.....

Ella vió este movimiento, apartó el antejo de su cara, é inclinó la cabeza sonriendo, ruborizada.....

En aquellos momentos cayó la cortina y tuvo lugar ese movimiento general y ese ligero desorden de los entreactos.

LXXVII.

Antonio se acercó lentamente á la platea en que se hallaba la jóven.

Cuando esta notó que aquel se acercaba, se removió con inquietud en su asiento, palideciendo ligeramente.....

—¿Cómo va, Antonio?—le dijo por fin, con una amable circunspección, y aceptando la mano que su amante le tendía.

—Mal, Piedad; estoy sufriendo y he sufrido mucho—le contestó este.

—¿Por qué?.....

—Porque nada me ha dicho vd..... estoy en un abismo de dudas..... estoy en el infierno de la incertidumbre!.....—dijo

Antonio, tan conmovido y en voz tan baja, que la jóven casi tuvo que adivinar lo que le decía.

—¡Piedad!..... ¿Qué espero?..... ¿Me autoriza vd. para tranquilizarme y creer que pueda abrigar la ilusion de que no me rehusará vd. la felicidad de su amor?.....

Mientras Antonio pronunciaba estas palabras, Piedad se habia puesto lívida.

El seno de la muchacha se levantaba y descendia por la agitacion..... Nada contestaba.....

—¿Me amará vd., Piedad?—dijo Antonio, no menos conmovido.

Entonces ella se inclinó hácia atrás, y apoyando en la frente el borde superior de su abanico, lanzó sobre Antonio una indefinible mirada, y articuló en voz tan baja como un suspiro, esta palabra:

—Sí.....

LXXVIII.

Antonio sintió que todo el cielo de la felicidad se le desplomaba sobre la cabeza en nubes de rosas.....

Al finalizar el espectáculo fué á despedirse de la jóven.

—Espere vd. mi resolucion definitiva—dijo esta al separarse de Antonio.

No hubo lugar para que ninguno de ambos jóvenes hubiese podido añadir una sola palabra.....

LXXIX.

A los dos dias salia Piedad con su familia para la ciudad de ***

Iba tranquila y contenta.

Dejaba en México á Antonio confiado y feliz.

CAPÍTULO XIV.

“SANS FAÇON.”

LXXX.

Con tales palabras puede explicarse perfectamente el verdadero carácter que tomó lo que llamaremos «el espíritu de la intervencion europea en México.»

Jhon Bull, le Petit, &c., se habian incomodado, y esto podia ser terrible para México.

Nuestro Popocatepetl se insolentaba demasiado y subia muy alto.

Era preciso fundir á cañonazos su pretendida ó pretensiosa nieve eterna.

Tres hermanas se acercaban por el golfo, murmurando un ¡Mire vd. qué!.....

Y frunciendo el ceño de una manera amenazante.

Se pretendia hacer una nueva edicion de nuestro derecho de gentes, y era preciso hacerlo con letras de oro ó con rúbricas.

Era demasiado poca cosa la suma de ventajas y franquicias que hasta allí se les otorgaran.